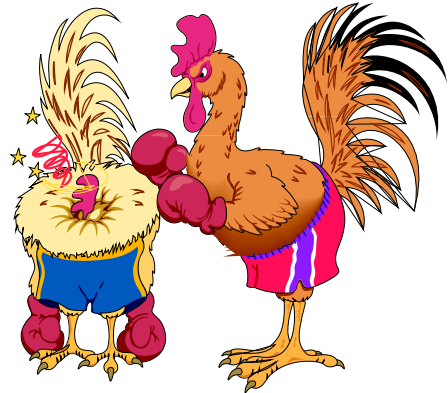


SAM, EL PELEÓN



En la finca de los Martínez vivía un gallo cuyo nombre era Sam. No era un gallo amable, sino todo lo contrario. Cada mañana cuando papá salía al trabajo, Sam corría a picotearlo. Papá pateaba a Sam, pero siempre volvía de nuevo. De veras era un peleón.

Sam se estaba volviendo tan malo que los niños ya no podían jugar fuera de la casa con tranquilidad. Tenían que cargar un garrote para que Sam guardara su distancia. Al fin, papá decidió que Sam tenía que irse. Todos estaban contentos al poder librarse del gallo peleón.

Unos días después, mamá observaba mientras los niños jugaban. Dos de ellos estaban haciendo una torre con trocitos de madera. Cuando ya estaban poniendo el último trozo vino Jorge corriendo y pateó la torre. Siguió lágrimas y pleitos.

En otra ocasión, cuando las niñas estaban jugando con sus muñecas, Jorge se acercó sigilamente, agarró una de las muñecas, y salió corriendo, riéndose.

Al fin, mamá tomó aparte a Jorge para hablarle.

“**J**orge, ¿Sabes que tú eres igual a Sam, el peleón?”

Jorge se sorprendió, y preguntó, “¿Cómo, Mamá?”

“**B**ueno, Jorge, recuerdas que el gallo siempre quería pelear aun cuando nadie le estaba molestando?”

“**S**í”, contestó Jorge. “El siempre andaba buscando pleitos.”

“**¿N**o es eso lo que tú has estado haciendo, Jorge?” le preguntó su mamá.

Jorge agachó la cabeza con vergüenza. “Supongo que tienes la razón”, dijo quietamente.

“**V**amos a orar”, sugirió Mamá. “Pidámosle a Dios que Él te ayude a mostrar bondad y amor en vez de pelear”.

“**S**í”, dijo Jorge. “Estoy de acuerdo. Yo no quiero ser como Sam el Peleón.”